

EXISTE EL MAL, LUEGO DIOS EXISTE

Parece una blasfemia. Con la premisa del mal, ¿cómo se puede concluir que Dios existe? El mal es el escándalo de la razón. ¿Cómo puede estar Dios en el origen del mal? Lo cierto es que un gran maestro de teología, Tomás de Aquino, razona precisamente así: *si malum est, Deus est*, si existe el mal es que Dios existe. Obviamente afirmación tan asombrosa ha de tener gato encerrado; ha de haber en esa premisa mucho más de lo que a primera vista se alcanza.

¿QUIÉN ES EL RESPONSABLE?

Pero antes de entrar en profundidades, consideremos los efectos que el sol produce en la tierra. El sol ilumina, el sol calienta. Son hechos indudables. Nadie en su sano juicio lo negará. No se requiere un arduo discurso de la razón para concluir que las piedras calientes del campo han sido calentadas por el sol y que el responsable del amanecer es de nuevo el sol. Sin embargo, también somos testigos de las sombras que en la tierra coexisten con la luz, hasta la completa oscuridad nocturna, y de los fríos helados de las noches de invierno. Cabría pensar que si el sol es el responsable del calor y de la luz, lo es también del frío y la oscuridad. Se va el sol y se hacen las tinieblas; se aleja el sol, y entran los fríos.

Si concluyéramos: «luego el sol es responsable del frío y de la oscuridad», habríamos incurrido sin duda en una precipitación infantil. Con un poco más de experiencia, advertimos que más bien que «irse el sol», ha sucedido que la tierra le ha vuelto la espalda. Si hay un responsable de la carencia de luz y de calor, éste no es el sol sino la tierra.

Si vencemos la precipitación en el juicio, *parándonos a pensar* (que es la única manera de asegurar el éxito), caeremos en la cuenta de que sólo puede ser responsable del mal la criatura que lo hace, no el Creador. El mal se hace a pesar de la bondad infinita de Dios, que por cierto brilla en todo lo bueno que existe. Si queremos explicarnos la enfermedad, antes hemos de entender un poco de salud. Si queremos entender de frío, hemos de entender un poco del calor; si se trata del desasosiego, tendremos que tener experiencia del sosiego; si es el odio lo que nos preocupa, habremos de preguntar qué amor ha suscitado el odio. Lo positivo es lo que explica lo negativo y no al revés. Lo negativo no explica nada, pero nos remite a lo positivo. Sabemos que hay oscuridad porque conocemos la luz. Sabemos lo que es el dolor de muelas, porque ha habido un tiempo que no lo teníamos.

El orden patente, magnífico e inconmensurable que hay en el universo hace posible la ciencia y predecir tantas cosas (un eclipse solar o el efecto de un determinado fármaco) y está remitiendo inequívocamente a un Origen trascendente al cosmos, responsable del orden. Por lo demás, así como es necesario reconocer un Ordenador todopoderoso que ordene lo ordenado, no se concluye que exista un desordenador todopoderoso que explique el desorden, porque para desordenar no hace falta ser perfecto ni omnipotente, es más, no es posible que sea perfecto quien desordena, puesto que el

desorden no es perfección sino carencia de ella. Es obvio que Dios no puede ser autor del desorden. Sólo una criatura a la vez buena y limitada con libertad buena y falible (no son incompatibles esos términos) puede eludir de alguna manera el orden de la creación y decir que sí o que no a Dios.

EL RIESGO DE LA LIBERTAD

Por lo tanto, el misterio del mal reside en la libertad creada, que siendo verdadera y buena no es infinitamente perfecta, puede equivocarse el rumbo, más aún puede querer equivocarse; puede elegir entre el bien y el mal; puede ella misma perfeccionarse y puede negarse y frustrarse. Pero la tremenda posibilidad del mal es el reverso de la venturosa posibilidad de elegir bien y amar libremente. Dios corre el riesgo de la libertad, creándola. Crea una libertad buena, con posibilidad de inclinarse al mal pero con capacidad de responder positivamente a la llamada del bien.

Con todo, cabe pensar todavía: sí, es razonable reconocer la existencia de un sólo Dios, absolutamente inocente del mal, y comprendo también que el mal puede venir del mal uso de mi libertad limitada. Ahora bien, ¿no hubiera sido preferible no crear seres libres, o no crear sino a quienes utilizarían bien la libertad?. Muchos preferirían no existir a tener la posibilidad de convertirse en autor y propagador del mal. ¿Cómo Dios crea a Judas, sabiendo que va a ser un traidor? He aquí una verdadera dificultad. ¿Cómo creó a los primeros padres sabiendo que iban a volverle la espalda? Estamos ante una verdadera aporía, la razón sola no sabe aclararse. Pero una dificultad no es un obstáculo insalvable, al contrario, afila la mente despierta. Puede suponerse con razón que la respuesta no está al alcance de la ciencia experimental ni de cualquier otra ciencia meramente humana. Pero cabe suponer también que alguna poderosa razón habrá tenido Dios para correr tan grave riesgo.

UNA PODEROSA RAZÓN DE AMOR

¿Qué razón habrá podido tener Dios? Sólo puede tratarse de un bien colosal, inestimable, no menos misterioso, que se consiga con semejante aventura. ¿Qué bien puede ser éste, tan grande que compense la posibilidad y el hecho del mal? Sin duda el amor, porque la alegría, el gozo, el sosiego -y la verdad y la belleza- en el amor residen, cuando es puro, de ley y para siempre. Dios no sólo ama, «es» amor. Y es tanta su bondad que quiere comunicarla a pesar de los riesgos. Ha querido que en el universo creado exista la cumbre del amor más rico y perfecto, el género de amor que en castellano clásico se llama *dilección* -del latín *dilectio*-, que significa algo así como «amor elegido libremente», amor que se inicia y crece no por necesidad sino en libertad. Esto es dilección: amar no a la fuerza sino porque quiero, porque quiero a quien amo y le quiero queriendo mi amor, queriendo no por fatalidad, sino concienzudamente. Dicho sea en términos castizos: «te amo, no en virtud de cierta fatalidad telúrica, sino porque me da la gana amarte». Sin duda, el amor que más le interesa a Dios es el amor más semejante al suyo, el amor de dilección. Todo lo crea con vistas a ese amor.

Dios quiere ser amado con un amor libérrimo, no de esclavos sino de hijos, no irracional sino inteligente, no sólo con todo el corazón, sino también con toda la mente y con toda la libertad. Hay un riesgo, por supuesto, y ese riesgo se convierte en realidad cuando la criatura inteligente se niega a reconocer el origen de su ser y de su libertad y se entrega a las criaturas como si fuesen el Creador. De tal aberración en modo alguno el Creador es culpable, porque la decisión es sólo de la libertad de la criatura libre. Capacidad tenía, y mucha, para elegir bien. Si lo hace mal no es porque le falte capacidad, luz y calor; es porque ha querido.

VALE LA PENA SER HUMANO

Pues bien, además de la luz de la razón y de la fe que nos permiten, si no entender plenamente, sí al menos *comprender* la existencia del mal en el mundo, Dios nos ha dado inestimables luces con hechos realmente impresionantes. La segunda persona de la Trinidad, el Verbo de Dios, se hace hombre.

Primera lección divina: **vale la pena ser hombre**. No es trivial esta lección puesto que más de uno ha pensado, como el poeta, «sucede que me canso de ser hombre». Tanto merece la pena serlo que el mismo Dios -sin necesidad alguna- quiere, decide hacerse hombre. Pero se hace hombre no insensible, no inmovible, no incapaz de sufrir. Asume una naturaleza humana mortal, con funciones de esclavo, hasta llegar a la locura de la pasión y muerte en una cruz, lugar de criminales abyectos. La consecuencia es clara: *luego todo esto vale la pena*, ha de ser algo valiosísimo, como para «atraer el deseo» de Dios. Ciertamente, no es una atracción en el mismo sentido que a nosotros nos atraen ciertas cosas. Pero es indudable que Dios juzga suficientemente bueno el hecho de ser hombre, como para asumir Él mismo una humana naturaleza y correr nuestra suerte.

Este es el gran argumento de san Pablo: «Dios demuestra su amor hacia nosotros porque, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom 5, 8). Y así también demuestra lo que vale cada ser humano, cualquiera que sea su situación y su circunstancia. A Dios le merece la pena compartir con nosotros la necesidad de sufrir y morir. La consecuencia es irrefutable: si Dios elige libérrimamente el sacrificio y la muerte, es que **vale la pena sufrir en el mundo, aunque sea mucho**. Le vale a Dios la pena -una pena inmensa, como su amor- correr el riesgo de la libertad, para desarrollar una obra todavía más grande y sabia que la creación: la redención. O sea que sin palabras, con la fuerza impresionante de su ejemplo, nos está diciendo: vale la pena todo lo que os parece una tragedia; Yo mismo la asumo, voy por delante. Ninguna tragedia es definitiva.

Después de la muerte viene la resurrección gloriosa, llenando de luz sobrenatural el horizonte de la razón humana ante el mal. Dios permite el mal porque es capaz de vencerlo, aumentando así aún más la gloria de los que le aman con amor de dilección. Por eso, la Iglesia canta, sobre todo en la Vigilia pascual: *Oh, felix culpa!*, Oh, qué culpa tan maravillosa, que siendo de suyo cosa en extremo detestable, nos ha merecido tan grande

Redentor. Es una respuesta que supone la fe, pero no una fe ciega, ni insensata, ni irracional, sino una fe en lo más creíble del mundo: su Creador.

El apóstol Pablo tenía, entre otras, esta evidencia: «todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28). El Beato Josemaría Escrivá, resumía esta enseñanza de Pablo en tres palabras que repetía una y otra vez en su predicación oral y también por escrito y hasta grabado en piedra: *omnia in bonum!* (todo es para bien). No es la manifestación de un optimismo ingenuo, sino la seguridad que presta una fe robusta, con una esperanza teologal que no puede frustrarse, porque está fundada en la palabra del mismo Dios. «Parece que el mundo se te viene encima. A tu alrededor no se vislumbra una salida. Imposible, esta vez, superar las dificultades. Pero, ¿me has vuelto a olvidar que Dios es tu Padre?: omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso. El no puede enviarte nada malo. Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos. *Omnia in bonum!* ¡Señor, que otra vez y siempre se cumpla tu sapientísima Voluntad! (*Via Crucis*, IX, 4). «Cuando los cristianos lo pasamos mal, es porque no damos a esta vida todo su sentido divino. Donde la mano siente el pinchazo de las espinas, los ojos descubren un ramo de rosas espléndidas» (*Ib.*, VI, 5)

Antonio OROZCO